

EE QUINTO MES DEL AÑO

¡Mayo! ¡María! Hé aquí dos nombres llenos de dulce poesía, que viven juntos en el corazón de los estudiantes del Rosario. El uno evoca la naturaleza que por mano providencial se atavía de sus más bellos colores; el otro es emblema de la fuerza que resplandece al través de las esferas celestiales inanimadas con su hálito virgíneo; el primero nos trae el recuerdo de las horas juveniles que corren dulces y apacibles cuando nada malo las empaña; el segundo es portador de esperanza infinita para el alma creyente que espera ver colmados sus anhelos de gloria imperecedera al romper las ligaduras de la carne mortal; aquél es fuente de goce para el sentido delicado que percibe mejor que nunca las bellezas de la naturaleza; éste es fuente inagotable para el arte que no se cansa de reproducirlo bajo distintas formas, vaciando en ellas las más elevadas concepciones estéticas del sentimiento religioso. Dios, en sus sabios designios, formó ese consorcio admirable, esa fusión hermosa de elementos heterogéneos, ese contacto de lo terrenal con lo celestial, de lo humano con lo divino, para hacer ver á los ojos mortales hasta dónde llegan las excelencias y grandezas de María.

Por eso cuando Mayo se presenta en los claustros traído por la mano del tiempo, parece que todo se renueva, que renacen la poesía, el amor y la esperanza en los corazones de los jóvenes, el recuerdo de los años infantiles cuando delante de una devota imagen empezaron á conocer á María. El altar de la capilla, sencillo en el curso del año, se llena de luces y de flores, mostrando el cariño de los estudiantes por la *Bordadita*; el mismo cuadro vetusto y por reales manos fabricado, que representa á María, parece que toma nuevas actitudes de aliento hacia nosotros, y que se anima bajo el continuo titilar de las luces que á porfía se disputan el honor de alumbrar de cerca á nuestra Madre. Hasta el mismo niño Jesús sonríe apaciblemente invitándonos á ser buenos para no tener que sufrir de nuevo por nosotros las afrentas ignominiosas de la cruz; María lo

lleva en sus brazos como para indicarnos que todo lo puede en el cielo y en la tierra por intercesión ante el fruto de sus purísimas entrañas. No necesita ser superior á El para alcanzarlo todo! Le basta ser Madre de Dios!

Mañana tras mañana hemos visto ascender las gradas del altar á un grupo de jóvenes, en actitud humilde, puestas las manos, y con una plegaria que se agita entre los trémulos labios. Suben, se arrodillan, y cuando el sacerdote pronuncia las palabras que preceden á la comunión, ellos, pegadas las manos al pecho como señalando el lugar de donde brota su anhelo, levantando los ojos se encuentran con el cuadro de María para ofrecerle en silencio la recepción del divino sacramento, y ella entonces, ¡oh digna recompensa! se desprende de su Hijo y lo envía como está en los cielos á la diestra del Padre, á cada corazón, para saciarlo de amor y de dulzura.

Y corre apacible el mes por los claustros legendarios. A mañana y tarde se ve la animación en los estudiantes; todos cumplen con su deber, las lecciones se hacen más fáciles; la Virgen está con ellos mejor que en el resto del año. Varios jóvenes cruzan los amplios corredores llevando en sus brazos vistosas coronas, perfumados ramilletes. Cada noche se ve algo nuevo. El techo artesonado de la rejuvenecida capilla pintado de amarillo claro, toma un color de oro al recibir la luz de las bujías y de los cirios. Todo palpita. De repente, en medio del bullicio estudiantil, y cuando las sombras de la noche se avalanzan sobre el edificio, suena la campana. Es la voz de los Colegios Mayores. A su sonido, que penetra por todos los ángulos, el juego se suspende, las frases comenzadas se truncan, y todos, con paso alegre y ligero, ocupan su puesto en la fila prolongada. ¿Qué es aquello? Es el Rosario. Es la visita nocturna que le hacemos á la Virgen.

Uno tras otro, al ocupar el banco, se inclinan ante María, reconociéndola por Reina y Señora. Y empieza el diálogo expresivo y sencillo de las avemarías, que brota de los pechos dispuestos á la lucha, y que se esparce por el

templo, llenándolo de mística armonía. ¿Y no más? En el coro un grupo de jóvenes estudiantes, que no han sido cantores de oficio, quieren que todo lo que se haga en el Colegio en honor de María, sea nacido allí mismo, y por eso ensayan en el día sus voces para dedicar á la Virgen, en la hora del Rosario, una Salve que se siente brotar del fondo del alma. Allí hay emulación, hay algo tierno y delicado que sólo lo explica el amor á María!

También el Rector, á más de dirigir las funciones religiosas, habla sencillamente á sus discípulos en la capilla, acerca de lo que es Nuestra Señora para todo buen cristiano; nos cuenta las excelsitudes de María, apenas inferiores á Dios, superiores á los ángeles del cielo; nos mueve á la confianza en ella, nos muestra el camino para amarla, servirla, llamarla con justicia nuestra Madre. Entonces comprendemos cuánto vale la educación cristiana donde, sin descuidar la ciencia, se tributa culto á María. Cómo no se han de sentir felices nuestras madres de la tierra al ver que perdura en la frente de su hijo la auréola de la fe; en el corazón, el afecto filial! Cada madre es una escuela; por eso sin esa primera enseñanza de la fe en las rodillas maternales, difícilmente logra el hijo cimentar sus creencias. Lo que ellas nos dicen con sencillez de niño, aquí lo aprendemos mejor cuando fluye de los labios del sacerdote.

¡Y se va Mayo! Ya los bosques, los prados, los jardines abandonaron sus multicolores ropajes; se interrumpen los trofeos de luces y de flores; ya no se oirá más el resonar alegre de las voces del coro. ¿Qué resta? Así como en los campos queda la semilla fecunda esparcida por doquiera, que alimenta y da vida á nuevas plantas y flores, del mismo modo quedará en nuestros corazones la semilla de la virtud nacida al calor del influjo de María. Ella no abandona los botones entreabiertos de su huerto virginal, y ahuyentará cuanto pueda empañar la pureza de nuestras almas; y el fruto vendrá en la sazón oportuna.